

MOVILIZACIÓN JUVENIL Y RADICALIZACIÓN VERBALISTA: LA JUVENTUD DE ACCIÓN POPULAR

José Báez Pérez de Tudela

La proclamación de la Segunda República española provocó una situación desconocida hasta entonces para el bloque dominante surgido y consolidado en la época de la Restauración: su pérdida efectiva de los resortes del Poder político, aunque no puede decirse lo mismo en su relación con lo que hoy llamaríamos los «poderes de hecho». Los sectores conservadores iniciaron la recomposición de las estructuras de su organización política desde la perplejidad, con escasa capacidad de reacción inicial y con unos objetivos claros en el fondo pero confusos en la forma. Se trataba de recuperar el poder político para mantener la supremacía económica, social y cultural, si bien existían dudas sobre cómo lograrlo. La formación clave en el esfuerzo de la vieja oligarquía, durante los años de la República, por lograr este objetivo fue, sin duda, la CEDA.

La Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) se creó en el congreso de febrero y marzo de 1933, con lo cual concluyó el período de transitoriedad que vivieron las derechas españolas desde el inicio de la República. El primer paso consistió en la creación de una organización con la que concurrir a las elecciones de junio, Acción Nacional (Acción Popular desde abril de 1932). Ello supuso la reunión de un buen número de políticos derechistas de distintas tendencias (monárquicos alfonsinos, tradicionalistas, «accidentalistas», agrarios), que se unieron en defensa de unos intereses que reflejaban toda una tradición anterior de dominio social.

La actuación de la CEDA marcó buena parte del comportamiento político conservador en la España republicana. Una nueva conforma-

ción en todas las manifestaciones de la actuación política, así como la crisis social sin precedentes, llevó a que, por primera vez, las derechas políticas y sociales dispusieran de una organización de *masas* que pugnaba por la supremacía política. Con esta situación hegemónica y con su ambigüedad en temas como la crítica al fascismo o la aceptación del régimen republicano, provocó que los partidos republicanos y de izquierda vieran en la CEDA un peligro para la República. El temor aumentó por el radical tono verbal de la sección juvenil del partido, la Juventud de Acción Popular, JAP.

La JAP fue una organización plagada de contradicciones. Por un lado, se expresaba a través de proclamas exaltadas que hablaban de la «aniquilación» de los socialistas, pero sus filas se nutrían en buena medida de jóvenes católicos, pacíficos, partidarios de la legalidad y poco dados, por tanto, a la lucha armada. Su beligerancia y los excesos de su discurso político concitaron, sin embargo, las sospechas de los partidos republicanos, que consideraban sus ideas como el anticipo de los que ocurriría cuando gobernase la CEDA. Esta agrupación juvenil significó el aporte de las derechas conservadoras tradicionales, un aporte también ambiguo, a la *paramilitarización* de la vida política en los años treinta.

Su tono fue exaltado, pero su actuación se mantuvo dentro de los límites de la legalidad oficial en su labor contrarrevolucionaria. La JAP fue una manifestación de la política de masas y del nuevo papel jugado por la juventud, pero en la realidad puede decirse que desbordó poco los límites de la política convencional salvo en lo que se refiere al propio lenguaje y al «gesto» político. En ese sentido acusó, sin duda, la influencia del fascismo, que fue la verdadera novedad en el comportamiento político de la derecha en los años treinta. La JAP, como la CEDA, se convirtió en un instrumento de defensa de los intereses de clase de la vieja burguesía agraria, acudiendo a las formulaciones clásicas del pensamiento conservador: poder ejecutivo fuerte y Ejército como instrumentos de defensa del orden social. La agrupación política se concibe como instrumento de movilización de las masas en defensa de sus intereses. En este sentido, pese a su radicalismo verbal, la JAP siguió fielmente los pasos dictados por la CEDA¹.

¹ Para el estudio de este tema me remito a BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA, José María: *La Juventud de Acción Popular. Un estudio sobre conservadurismo y comportamiento juvenil en la II República*. Memoria de Licenciatura. Madrid. Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense. Septiembre de 1985. (Inédito)

La formación de la JAP

El tradicional rechazo de las derechas a la integración de los jóvenes en política se modificó en beneficio de una teoría más pragmática, en la que se pedía que se retrasara lo más posible el hecho inevitable de la participación activa de la juventud. Según *El Debate*: «En la política, —ha dicho S.S. Pío XI— deben entrar los jóvenes cuando hayan llegado a la madurez de la formación, de los estudios y del carácter (...) Es error tópico, en esto, mirar qué haga el adversario. El socialismo no puede tener escrúpulo en lanzar a la vida política a los jóvenes (...) Nada hay que decir, afortunadamente, a los jefes o directores de los grupos políticos de la derecha, los cuales de ninguna manera ponen obstáculos a la obra educadora del hogar y de la parroquia»².

Acción Nacional había sido creada con la urgencia de presentarse a las elecciones del 28 de junio de 1931. La necesidad de contar con una juventud había sido indicada, desde los primeros meses de la República, por el propio Ángel Herrera Oria, quien en julio de 1931 pronunciaba las siguientes palabras: «Acción Nacional no será nada si no prepara juventudes, si no prepara inteligencias y corazones que estén dispuestos el día de mañana a abrir el camino para la propia causa»³. El acuerdo de disponer de una sección juvenil se tomó en octubre de 1931, aunque no se procedió de inmediato al desarrollo de la sección. Algunas organizaciones provinciales crearon sus propios núcleos juveniles, pero no puede hablarse de la Juventud de Acción Nacional, hasta la aparición de la JAN de Madrid, centro y motor de todas las de España.

Un hecho vino a acelerar los acontecimientos: el anuncio de que las juventudes socialistas iban a formar milicias. Esta noticia, publicada el 15 de febrero de 1932, precipitó la creación de la JAN. Tan sólo una semana después, el 22 de febrero, estaba ya constituida la JAN⁴. Desde su origen, la JAN estuvo marcada por su antagonismo con los socialistas.

Creación de la JAP

La creación de Acción Nacional fue idea casi exclusiva de Ángel Herrera Oria y un reducido grupo de colaboradores, entre los que se encontraba José María Gil Robles. Ángel Herrera era director del influ-

² *El Debate*, 7-7-1934, p. 5.

³ MONGE Y BERNAL, José: *Acción Popular*. Madrid, Sáez Hermanos, 1936, p. 142.

⁴ *La Época*, 22-2-1932, p. 1.

yente periódico católico *El Debate* y presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), organización que contaba con un grupo de selectos miembros, de gran preparación intelectual, capaces de dar vida a una nueva agrupación política. Una vez creado el partido, había que articularlo con la mayor operatividad posible, estableciendo, entre otras, la sección de las juventudes.

La estructura del partido en torno a secciones no hacía más que seguir la pauta general de los partidos católicos que, según Duverger, acostumbran a emplear este tipo de organización⁵. A lo largo de su existencia, la CEDA contó entre sus secciones con la JAP, la Asociación Femenina de AP, Acción Obrerista, Liga de Campesinos, Círculo y Secretariado de Administración Local, Juventud Femenina de AP, Asistencia Social, Asociación de Estudios Hispánicos y las Comisiones de Estudio de Política Española⁶.

La creación de la Juventud se vio favorecida por dos factores: primero, el alto grado de participación política que había en la España de los años treinta; segundo, Acción Nacional se presentaba ante los jóvenes como un partido nuevo, de reciente creación, que nada tenía que ver con la política vieja. Las juventudes de los partidos políticos solían colocarse a la vanguardia de los mismos, realizando unas manifestaciones más exaltadas que las de los miembros de la organización central, aportando mayor energía en el debate político. Acción Nacional no fue una excepción y desde el primer momento las apelaciones a la juventud se refieren a ella como adelantada de la agrupación:

«El papel de la juventud es el de marchar en vanguardia, como gastadores, como exploradores(...) Hemos de fijarnos en el papel de la juventud en la región de lo espiritual, que es el de formar no un programa, sino un conjunto, un acervo de ideales que dé fuerza y cohesión; este acervo no sólo falta en las derechas, sino en España, un conjunto ideológico sentimental»⁷.

La cita corresponde a Bermúdez Cañete, miembro de la JAP y antes fundador, junto a Ledesma Ramos, Giménez Caballero y otros, del semanario *La Conquista del Estado*, de clara tendencia fascista.

⁵ DUVERGER, Maurice, *Los partidos políticos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1965, p. 56.

⁶ MONTERO, José Ramón: *La CEDA. El catolicismo social y político en la II República*. Madrid, Ediciones de la Revista del Trabajo, 1977, vol I, pp. 575 y ss.

⁷ *El Debate*, 15-11-1934, p. 5.

Las agrupaciones que facilitaron su infraestructura y sus hombres para la creación y el desarrollo de la Juventud permiten el acercamiento a la esencia de la JAP. La ACNP sirvió como grupo de cohesión y la Juventud Católica Española (JCE) ofreció su infraestructura, lo que permitió su rápida implantación por toda España. La ACNP aportó buena parte de los cuadros dirigentes de la JAP. A ella perteneció su líder carismático, el «jefe supremo», Gil Robles. La continua identificación que realizó Gil Robles entre su ideología y las manifestaciones muy extremistas de la JAP, sirvieron para que ésta mantuviera su sumisión al «jefe», pero también propiciaron la desconfianza de gran parte de los sectores centristas y de izquierda de la República hacia la CEDA. También era Propagandista (con mayúscula, miembro de la ACNP) José María Valiente, primer presidente de la JAP. En el momento de su nombramiento detentaba la presidencia de la JCE, a la que renunció en enero de 1933. Abandonó la dirección de la JAP al descubrirse su viaje a París para entrevistarse con Alfonso XIII en julio de 1934. Un año más tarde ingresó en el carlismo.

Tras la dimisión de Valiente, la dirección efectiva de la Juventud pasó a su vicepresidente, José María Pérez de Laborda, otro Propagandista, quien «era quizá el más tajante de todos en la JAP y el que discutía más la política de la CEDA»⁸. Este dirigente pudo imprimir una mayor intransigencia en las manifestaciones de la JAP y pudo influir en la radicalización de la juventud, sobre todo a partir de octubre de 1934. Otros Propagandistas que integraron la JAP de Madrid fueron Gregorio Santiago y Castiella, secretario general; Avelino Parrondo, tesorero y presidente de la sección de Movilización Civil; Antonio Bermúdez Cañete, presidente de la Academia de Oratoria de la JAP.

La JCE carecía del tono elitista de la ACNP, por lo que su número de miembros era mucho mayor. De esta forma, no sólo en los puestos directivos, sino entre los simples afiliados, la JCE aportaba a la JAP una base humana de la que ésta se sirvió para extenderse rápidamente por todo el país. Los jóvenes católicos se integraban como individuos particulares, no como representantes de la JCE. La implantación de la JAP en el País Vasco se vio dificultada, en parte, por la presencia de otra organización confesional, el Partido Nacionalista Vasco. Este es uno de los hechos que explican que en Vizcaya, por ejemplo, no se creara la JAP hasta finales de 1935⁹.

⁸ VALIENTE, José María: «Por qué me fui de la CEDA», en *La Actualidad Española*, n.º 945, Enero-1970, p. 26.

⁹ *El Debate*, 1-1-1936.

La organización de la JAP

La gran labor que podían desarrollar los jóvenes en favor de la política del partido motivó que se crearan distintas secciones dentro de la Juventud: los Grupos de Distrito, más tarde llamados Movilización Civil, y la Sección de Propaganda fueron las más destacadas. La sección cultural y la deportiva completaban la articulación de la JAP con el objetivo de dotarla de mayor eficacia. En las secciones se formaría ideológicamente a los afiliados y se les familiarizaría con la actuación pública, dos de los fines que se marcaba la Asociación entre sus principios fundamentales (Art. 2.º)¹⁰.

La estructura interna de la JAP estaba compuesta por una Junta de Gobierno, encargada de dirigir la organización y una Junta General, cuyos poderes se encontraban limitados por la sumisión a los jefes. El segundo punto de los 19 que componían el ideario de la JAP proclamaba: «Disciplina. Los jefes no se equivocan». Para defender esta idea, Rafael Esparza, en el Congreso de El Escorial, se vería obligado a realizar auténticos malabarismos para tratar de dar sentido a una idea totalmente irracional: «Los jefes genuinos y los organismos directivos sólo pueden nacer de la mano disciplinada que los elige. Pero una vez nombrados no pueden ser discutidos; no cabe ni la duda ni el escepticismo. No hay más que dos soluciones: o se le acata o se les destituye; así se llega a la garantía absoluta de que no se equivocan»¹¹. Aunque según el Reglamento las votaciones eran «nominales y secretas» (art. 46), en la práctica, desde el Congreso arriba citado, se estableció una forma menos ortodoxa: la aclamación. En su defecto, el acuerdo se tomaría por decisión de la Mesa y, de no haber unanimidad, por el presidente¹². Todo ello reforzó la tendencia centralista y autocrática de la entidad.

Grupos de distrito o Movilización Civil

Su misión originaria consistía en guardar el orden en cualquier acto público de A.P. o JAP. A medida que el partido y la Juventud adquirieron fuerza, este objetivo se amplió. Tras la victoria en las elecciones de noviembre de 1933 se reordenó la sección. Cambió su nombre por el de «Movilización Civil», con el que adquirió fama en la vida pública republicana y amplió sus competencias.

¹⁰ JUVENTUD DE ACCIÓN POPULAR. *Estatutos y Reglamento*. Madrid, Editorial Ibérica, 1932.

¹¹ MONGE, 1936, pp. 253-254.

¹² CEDA (Madrid), n.º 21, 15-3-1934, p. 13.

En caso de una huelga general revolucionaria, la Movilización Civil garantizaría algunos servicios mínimos: transportes, agua, luz, gas y pan. La idea de estos grupos, capaces de boicotear una huelga general, parece que la tomaron, según Pabón, de Italia: «Mussolini tenía en todas partes equipos de obreros que sustituían a los que abandonaban los centros vitales»¹³.

Las obligaciones de la Movilización Civil, establecidas en el I Congreso Nacional de la JAP (20/21-4-1934) por Pérez de Laborda eran: «Preparar técnicamente los planes de Movilización Civil para la defensa de la sociedad contra la amenaza de una huelga revolucionaria, recopilando datos, planos, opiniones sobre el personal de los diferentes servicios, protección contra sabotajes y sustituciones de huelguistas, en especial de servicios públicos, como ferrocarriles, centrales eléctricas, teléfonos, Correos, etc.»¹⁴. Esta organización no pasó desapercibida para los rivales políticos, como la Juventud Comunista, quien opinaba: «(...) significa en primer lugar, la lucha contra la mejor arma de los trabajadores y de la juventud obrera y campesina: la huelga. Para ello, organiza Acción Popular su sección de movilización civil»¹⁵.

La primera actuación de Movilización Civil tuvo lugar el 11 de marzo de 1934, con motivo de la huelga de Artes Gráficas, aunque su principal intervención correspondió a la huelga general planteada en octubre de ese mismo año. En septiembre se había celebrado la concentración de Covadonga, en la que Gil Robles anunció su intención de entrar en el Gobierno. La JAP había hablado incluso de «abolir todos los partidos políticos»¹⁶. La izquierda española veía en la actuación de Hitler y Dollfuss un antecedente de lo que sucedería en España si entraba la CEDA en el poder. La huelga general no sorprendió a la JAP, cuya Movilización Civil trabajó bajo la dirección de los gobernadores civiles y delegados del gobierno en los Ayuntamientos en Madrid, Salamanca y otras capitales de provincia.

La JAP no dejó de engrandecer el éxito de su actuación. Avelino Parrondo, su director, perfeccionó su articulación. Sin embargo, no volvió a actuar, debido a la falta de ocasiones para ello.

¹³ PABÓN, Jesús: *Palabras en la oposición*. Sevilla, Talleres Gráficos Colectivos, 1935, p. 52.

¹⁴ MONGE Y BERNAL, 1936, p.304.

¹⁵ *¿Qué significan los 19 puntos del Congreso de las JAP?. Juventud Roja*, 1934, p.5.

¹⁶ Luciano de la Calzada, ponencia n.º 4 del I Congreso Nacional de la JAP. Recogido en MONGE, 1936, p. 260.

Las milicias

No tenemos noticias de que la JAP contara con milicias armadas reales en su organización antes del estallido de la Guerra Civil. La táctica empleada por la CEDA, y constantemente defendida por Gil Robles, se basaba en la lucha legal, para llegar al Poder: «Gil Robles, el único jefe de un partido conservador que, en función de sus rasgos fascizantes, fue seguido de una militancia masiva, nunca alimentó planes de insurrección sobre la base de estas masas. Los suyos eran los resortes clásicos del conservadurismo oligárquico: el Ejército defensor del orden establecido. La derecha de los años treinta, incluso la de ribetes «populistas», tuvo una clarividencia que faltó a los movimientos de masa del proletariado; la de que la insurrección de masas no es asunto que se improvisa»¹⁷.

La labor contrarrevolucionaria de la JAP se centró en los ya estudiados grupos de Movilización Civil. Cuando se recogen noticias de grupos armados más parecen destinados a protección o vigilancia, no a la conquista de la calle, como sucedió en Salamanca con motivo de la huelga de octubre de 1934¹⁸. Lo más parecido a una teoría sobre la utilización de milicias por parte de la JAP se encuentra en la ponencia sexta del Congreso de El Escorial, leída por Mariano Serrano Mendicutte: «El Estado fundará y sostendrá escuelas de educación cívica y de instrucción premilitar, pero no con carácter de monopolio sino que delegará en la sociedad la facultad de crearlas, subvencionando en este caso a las escuelas que las entidades particulares establezcan»¹⁹.

Estaba todavía reciente la polémica suscitada en torno a una entidad destinada a la educación ciudadana en armas de guerra, el Tiro Nacional de España, presidida por Gil Robles, quien opinaba: «al Tiro Nacional ha de adornarle el espíritu del Ejército Español, y nuestras organizaciones armadas de ciudadanos y patriotas serán los últimos y definitivos recursos a que apele la nación y la garantía final de sus derechos y hasta de sus vidas en medio de las más altas conmociones»²⁰. La relación entre los objetivos de Serrano Mendicutte y las palabras de Gil Robles, pronunciadas tres meses antes, resulta evidente. Sin embargo, el gobierno había actuado ya para prevenir tal posibilidad: «Este in-

¹⁷ ARÓSTEGUI, Julio: «Conflicto social e ideologías de la violencia 1917-1936» en *España, 1898-1936: Estructuras y cambio*. Madrid, Universidad Complutense, 1984, p. 341.

¹⁸ MONGE, 1936, 1060-1061.

¹⁹ MONGE, 1936, 267.

²⁰ *Heraldo de Madrid*, 13-1-1934, p. 1.

tento de transformar una organización deportiva apolítica en una milicia semifascista llenó de justificado temor a la izquierda, pero un decreto del Ministerio de la Guerra de 17 de enero de 1934 estableció que el Estado no subvencionaría a esta entidad ni sus socios obtendrían armas de forma diferente al resto de los ciudadanos»²¹.

Como vemos, la instrucción premilitar no se refiere a la creación de grupos armados dentro del partido. En ningún momento se habla de milicias, ni de organización paramilitar en el partido, con oficiales encargados de la instrucción de jóvenes, encuadrados en una jerarquía militar.

La JAP disponía de emblemas, insignias y banderas, con la flor de lis negra sobre fondo blanco; contaba con un himno y un saludo, que consistía en llevar el brazo derecho, paralelo al suelo, hasta el hombro izquierdo, con la mano extendida. En cuanto al uniforme, se recomendaba la utilización de botas altas y camisas de color crudo²². Esta cantidad de símbolos, que llevó a muchos de los contemporáneos a denominarles fascistas, no tenía continuación en una estructura interna paramilitar. Mantener a la JAP sin crear milicias supuso arriesgarse a guardar un equilibrio muy difícil de mantener. No se podía hablar de «exterminación» del enemigo (fundamentalmente, los socialistas) y mantener a los jóvenes alejados de prácticas violentas. En vísperas de las elecciones de febrero, la revista *JAP* se expresaba así: «Aplastemos al marxismo, la masonería y el separatismo para que España prosiga su ruta imperial»²³. El revés electoral les llevó a buscar fórmulas más contundentes para defender sus ideas, como analizamos más adelante.

Las bases ideológicas de la JAP

La principal labor que se esperaba de la JAP cuando fue creada era que sirviera a la expansión de la propaganda del partido. Las necesidades de organización y de táctica, más urgentes, relegaban la producción ideológica, de muy escaso nivel, a un segundo plano. Se basaba siempre en la simplificación y deformación de una serie de tópicos: defensa

²¹ GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *La radicalización de la derecha en la II República española*. Tesis de licenciatura. Madrid. Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense. Noviembre de 1989. Calificación: Apto «Cum Laude» por unanimidad. Director: Profesor Dr. D. Julio Aróstegui. Vol. II, pp. 666-667.

²² *CEDA* (Madrid), n.º 21, 15-3-1934, p. 14.

²³ *JAP*, Madrid, n.º 52, 8-2-1936, p. 1.

de la religión, de las tradiciones y de los valores conservadores de la sociedad, encarnados en el corporativismo, ataques al socialismo y al sistema parlamentario liberal. Sus miembros se limitaban a citar constantemente a Balmes y Menéndez Pelayo como representantes del «verdadero espíritu de España» y a criticar al «enclenque y melenudo “intelectual” del Ateneo».

La radicalización fue una de las características de AP desde su nacimiento. Comenzaba por llamar «revolución» al cambio de régimen ocurrido en abril de 1931; continuaba con la instrumentación que hicieron del problema religioso y seguía con la intransigencia de que alardearon en la campaña revisionista de la Constitución, las elecciones de 1933, el estallido revolucionario de 1934 y las elecciones de 1936. Pero no se logró un cuerpo sólido de doctrina. Tal y como reconocía la propia revista de las juventudes: «Nuestra fuerza política ha sido de un crecimiento tan rápido e intenso, que no hemos tenido un sólo momento para hacer un alto en el camino, para recoger nuestro pensamiento y hacer examen de conciencia. La urgente necesidad de actuar nos impulsa en cada hora»²⁴.

La confesionalidad de la JAP

Al estudiar la ideología de la JAP y su posible proceso de fascistización, debemos atender a una cuestión: su carácter confesional. Esta primera identificación la consideramos básica. El elemento definidor de la derecha, en la segunda República, será la religión antes que ningún otro. El cronista oficial de la CEDA, Monge y Bernal lo veía de este modo: «Llámase izquierda al sector que se aparta de todo contenido religioso (...) rompiendo con la tradición (...) Se denominan derechas, no a las clases conservadoras que equivocadamente se llaman a sí mismas derechas de intereses, sino a los que defienden, pregonan y practican los principios religiosos»²⁵.

Se consideraba a «lo católico» el elemento definidor de la auténtica España y la propia JAP no dudaba en afirmar que gozaba del favor divino: «Somos ante todo providencialistas (...) La mano de Dios se ve palpable en cada una de las incidencias de la vida de España. La liquidación de la grotesca Revolución española, es caso único en la historia de las Revoluciones. Hemos puesto nuestro esfuerzo y buena voluntad, y todo lo demás Dios nos lo da por añadidura»²⁶.

²⁴ JAP (Madrid), n.º 24, 14-7-35, p. 6.

²⁵ MONGE, 1936, p. 93.

²⁶ JAP (Madrid), n.º 1, 27-10-1934, p. 1.

La JAP estaba al lado de la fe que representaba a la España auténtica. Esto le hacía adquirir un pretendido aire de superioridad en la lucha política. Su único objetivo era la «salvación de España», con lo que su actuación adquiriría tonos mesiánicos, reflejados en esta alocución de Federico Salmón en el I Congreso Nacional de la JAP: «Nos toca realizar una labor providencial para restaurar en ella [España] todos los mermados valores espirituales y, para ello, realizar una profunda revolución social y política»²⁷.

El peligro de estas afirmaciones maximalistas y maniqueas se materializó al salir derrotada la derecha en las elecciones de 1936 y al producirse la sublevación militar de julio. Desde el momento en el que la lucha se establecía entre el Bien y el Mal, entre la civilización cristiana y Moscú, no cabía la vacilación: ya que no se había vencido al enemigo en las urnas, debía ser expulsado del poder por las armas.

El fascismo y la JAP

La relación de la JAP con el fascismo es la cuestión que centrado el interés de quienes han estudiado la sección juvenil. No es extraño, pues, que como recuerda Jiménez Campo: «Tanto en los comunicados de partidos y fuerzas sindicales como en la prensa vinculada a las distintas organizaciones, el peligro fascista no se sitúa en FE de las JONS ni en ningún otro de los agrupamientos que la preceden, sino, casi estrictamente, en Gil Robles y la fuerza política de que éste era líder máximo: la CEDA»²⁸. La amenaza del fascismo no se veía en los auténticos partidos fascistas, muy minoritarios, sino en el principal grupo de derechas. En opinión de Montero, cabe distinguir «entre la lógica subestimación conferida a un partido fascista [Falange Española], percibido con acierto como socialmente y electoralmente minoritario y la enorme importancia concedida al *peligro fascista*, que se encarnaba básicamente en la CEDA»²⁹.

No les faltaron motivos a los contemporáneos para acusar a la JAP de ser una organización fascista. Muchas de las características propias de los partidos fascistas fueron empleadas por esta Juventud. Enlazó en

²⁷ MONGE, 1936, p. 275.

²⁸ JIMÉNEZ CAMPO, Javier: *El fascismo en la crisis de la II República*. Madrid, CIS, 1979, p. 53.

²⁹ MONTERO, José Ramón: «Entre la radicalización antidemocrática y el fascismo: las Juventudes de Acción Popular» en *Studia Historica* (Salamanca), Vol. V, n.º 4, 1987, p. 58. Su-
brayado en el original.

su discurso político términos que hasta ese momento habían sido opuestos: «nacionalismo» y «revolución», «orden» y «revuelta»³⁰. Constantemente se movieron en ese terreno de las confusas identificaciones que ofrecían una imagen moderna del pensamiento conservador: «La JAP es contrapeso e impulso dentro de la CEDA. Extrema izquierda en lo social. En lo político, derecha y, sobre todo, movimiento nacional»³¹.

La recopilación del ideario en un programa con un número reducido de ideas, redactas con frases cortas y tajantes, fue habitual entre los fascistas, como hicieron El Fascio, La Conquista del Estado, Falange Española, los estatutos nacionalsocialistas o el Estatuto fascista italiano. En enero de 1934 se publicaron los «19 puntos del programa de la JAP» que eran estos:

- «1. Espíritu español. Pensar en España. Trabajar por España. Morir por España.
2. Disciplina. Los jefes no se equivocan.
3. Juventud, Fe. Arrojo. Voluntad. Espíritu joven en la política nueva.
4. Derogación de la legislación sectaria, socializante y antiespañola.
5. Familia cristiana frente a modernismo pagano.
6. Fortaleza de la raza. Educación premilitar. Abolición del soldado de cuota.
7. Libertad de enseñanza. Los hijos no son del Estado.
8. Amor a la Región, base del amor a España.
9. Especialización. Más preparación y menos discursos.
10. Nuestra revolución es justicia social. Ni capitalismo egoísta ni marxismo destructor.
11. Más propietarios y más justa distribución de la riqueza.
12. Guerra al señoritismo decadente y a la vagancia profesional. Reconocimiento de todas las actividades. Trabajo para todos. El que no trabaje, que no coma.
13. Antiparlamentarismo. Antidictadura. El pueblo se incorpora al Gobierno de un modo orgánico y jerárquico, no por la democracia degenerada.
14. Reconstrucción de España. Guerra a la lucha de clases. La economía, al servicio de la nación.
15. España fuerte, respetada por el mundo.
16. Primero la razón. Frente a la violencia, la razón y la fuerza.

³⁰ JIMÉNEZ CAMPO, 1979, p. 26.

³¹ JAP (Madrid), n.º 22, 22-6-1935, p. 4.

17. Prestigio de la autoridad. Poder ejecutivo fuerte. Prevenir, mejor que reprimir.

18. Ante los mártires de nuestro ideal: ¡Presenta y adelante!

19. Ante todo, España, y sobre España. Dios.»³²

La publicación del programa de los 19 puntos impulsó el proceso de fascistización de la JAP, favorecido por las ambiguas declaraciones de su presidente, José María Valiente, quien hablaba de la adaptación a España de «algo que muchos jóvenes conocen con nombre extranjero»³³. Lo que más preocupaba a los demócratas era el deseo de la JAP de cambiar el sistema liberal por otro de signo corporativo, siguiendo los ejemplos de Italia, Alemania, Austria y Portugal: «¡Con el arma del sufragio universal luchemos por terminar con su irracional existencia! (...) ¡Con los resortes de la democracia desbanquemos para siempre al Estado liberal...!»³⁴. Como ha señalado Preston, éste era el principal miedo de los socialistas y de todos los republicanos en general: que la CEDA pudiera utilizar los medios legales para dar a la República un contenido jurídico que perjudicara los intereses materiales de los republicanos y los socialistas³⁵.

Otro punto en el que la JAP presenta grandes similitudes con los movimientos fascistas es en el culto mesiánico al Jefe. Este culto tenía su definición en el punto segundo del programa y que es una de las mejores muestras de su irracionalidad. El culto a la personalidad de Gil Robles, ya grande entre los afiliados a la CEDA, alcanzaba límites delirantes entre la JAP. El inicio de este proceso puede establecerse en 1933, cuando comienza a reconocerse las cualidades de organización del jefe cedista y su magnetismo sobre las masas. Su biógrafo, Arrabal, lo describe así: «Hay en él algo superior, algo extraordinario, que no se ve, pero que se adivina. ALGO IMPONDERABLE, que le enmarca y le categoriza en la familia de los hombres-cumbre. ¿Numen? ¿Ángel? ¿Genio?...No lo sé... Ese ALGO que los hombres no sabemos apreciar, pero que los cristianos admitimos como un toque del dedo de Dios. Algo así como la doncella de Orleans, salvadas las distancias y desequiparadas las circunstancias»³⁶.

³² El Debate, 12-1-1934, p. 3.

³³ CEDA (Madrid), n.º 21, 15-3-1934, p. 15.

³⁴ JAP (Madrid), n.º 36, 12-10-1934. Subrayado en el original.

³⁵ PRESTON, Paul: *La destrucción de la democracia en España*. Madrid, Turner, 1978, p. 10.

³⁶ ARRABAL, Juan, *José María Gil Robles*. Madrid, Sáez Hermanos, 1933, p. 6. Con mayúsculas en el original.

El culto al líder por la JAP no cesó de aumentar. Durante el año 1935 se generalizó la sustitución de la alusión directa a Gil Robles por la de «Jefe» y, en los momentos de mayor exaltación, por la de «Jefe supremo». Dentro de este culto a la personalidad encontramos también el juramento de sumisión a Gil Robles que se realizaba en todas las concentraciones japistas.

Al igual que los movimientos fascistas de Italia y Alemania, la JAP se presentaba como una organización que había sido capaz de derrotar al marxismo en su mismo terreno. Así lo demostraban sus grandes concentraciones al aire libre, desafiando las huelgas generales promovidas para boicotear los actos, o la actuación de sus grupos de Movilización Civil en la huelga de Artes Gráficas o en octubre de 1934. El fascismo iba ganando terreno entre los jóvenes conservadores, que aprehendían tanto su ideología como su actuación en la calle y lo incorporaban a sus hábitos de comportamiento. La JAP contaba con un uniforme, pese a que no se hacía mucho hincapié en que fuera utilizado. Constaba de camisa verde caqui, corbata, escudo de JAP (flor de lis negra sobre fondo blanco), corraje y bota alta³⁷. Disponían de un gran despliegue de banderas, un saludo al estilo romano y un himno, lo cual le valió el calificativo de «fascista» a la organización.

Pese a todo, es dudoso que pueda considerarse a la JAP una organización fascista. En todo caso, *fascistizada* por cuanto utilizó elementos de la táctica fascista para presentar el tradicional pensamiento autoritario y conservador. La razón fundamental para no considerar fascista a la JAP radica en su oposición a la utilización de la violencia en su práctica política. La mayoría de sus miembros eran jóvenes poco dados a la lucha en la calle: de ahí la ausencia de milicias en la JAP antes del inicio de la Guerra Civil. La JAP negó explícitamente la posibilidad de formar milicias, al definirse como «jóvenes que no necesitan organizarse en milicias para dar pruebas magníficas de hombría y de espíritu de sacrificio»³⁸.

La JAP se mantuvo siempre dentro de los límites establecidos por la ley, a pesar de los excesos verbales de sus dirigentes. De acuerdo con el típico pensamiento conservador, la función de proteger a la sociedad se dejaba al Ejército. Esta dicotomía entre expresiones verbales amenazadoras y actuación pública no violenta produjo, a la postre, la

³⁷ LAFERRIERE, Elías, «Estudio crítico y hemerográfico de la revista JAP, órgano de las Juventudes de Acción Popular (1934-1936)» en *Estudios de Información*, n.º 21-22, enero-julio 1972.

³⁸ *El Debate*, 23-11-1934, p. 4.

desmembración de la JAP. Los japistas pudieron mantenerse en el plano del radicalismo verbal, sin pasar a la acción, mientras contaron con el poder. Pero cuando el Gobierno cambió, sus constantes intimidaciones dejaron de servir y las juventudes se disolvieron en el anonimato.

El proceso de fascistización de la JAP no se produjo por temor a que sectores de la juventud pudieran escaparse a las filas de Falange o los Requetés carlistas. Se dio, precisamente, en el momento en que mayor era el poder de la CEDA y cuando la Falange no era, en modo alguno, rival para la JAP. La razón de que aumentara su intransigencia cuando más poder tenía se explica, en nuestra opinión, por la necesidad que tenía la JAP de contar con el apoyo del poder para realizar su política. Para comprobarlo no hay más que recordar sus grandes concentraciones, calificadas de «espectáculos fascistas», que sólo se celebraron mientras hubo gobiernos afines a sus ideas. El proceso de fascistización de la JAP obedeció a tendencias internas coherentes con su ideario y no a factores externos, como la supuesta amenaza para la JAP de Falange o el Requeté.

La JAP, vanguardia de la CEDA

El triunfo electoral de noviembre de 1933 modificó la situación de la Juventud de Acción Popular. En dos años y medio de intensa propaganda, habían conseguido que la opinión pública conservadora fuera consciente de su importancia dentro de la sociedad española y perdiera el miedo a manifestarse en actos políticos. Una vez en el Poder, debían mantenerse con el mismo espíritu para consolidar las posiciones. La JAP fue la encargada de esta tarea.

A lo largo de los años 1934 y 1935, la JAP logró mantener el espíritu combativo de las derechas españolas. En este período, la Juventud no sólo llegó a contar con una personalidad propia, sino que influyó con su talante antidemocrático en las otras organizaciones cedistas. En palabras de su «jefe supremo»: «La JAP, cada vez más apartada de las tendencias democráticas, imprimió con su gran rigor sus características al resto del partido»³⁹.

La JAP y la CEDA formaron un cuerpo compacto. Ambas se encontraron perfectamente identificadas. No existieron diferencias en

³⁹ GIL ROBLES, José María: *No fue posible la paz*. Barcelona, Ariel, 1968, p. 202.

cuanto al contenido ideológico de una y otra y, por tanto, no se debe pensar que la JAP, con sus extremismos verbales, abandonó la ortodoxia de la CEDA. Hay un hecho de máxima importancia al valorar la marcha conjunta de la JAP y la CEDA: la utilización de actos de la JAP para anunciar cuál sería la política de la CEDA, tal y como se analiza más adelante.

Origen y ritual de las concentraciones

Los medios de que dispuso la Juventud para forjarse una identidad propia tenían una doble vertiente. Por un lado estaban los Congresos de la Juventud, en los que se fijaban, dentro de la limitación que caracterizó a la JAP, las líneas ideológicas de la Juventud. Después de la aprobación de los 19 puntos en el I Congreso Nacional, celebrado en Madrid los días 20 y 21 de abril de 1934 y clausurado el día 22 con la concentración de El Escorial, no volvieron a suscitarse discusiones de carácter ideológico. El resto de Congresos se centró en preparar cuestiones de orden práctico: Movilización Civil, campañas de propaganda, etc. Los Congresos recogían el trabajo interno, de escasa incidencia en la población, pero de gran importancia por ser el foco de donde surgieron las principales normas de actuación de la JAP.

La otra faceta de la Juventud se orientaba de cara al exterior, a través de sus famosas concentraciones. Con ellas alcanzó altos grados de protagonismo, no sólo por la cantidad de personas que llegó a movilizar, sino por la gran oposición que encontró por parte de la izquierda, plasmada en huelgas generales en algunas de las localidades donde se celebraron. Las concentraciones eran mitines organizados por la JAP, al aire libre, con asistencia de miles de personas. Los lugares elegidos para celebrarlos evocan destacados episodios de la historia de España. En estos actos había un ceremonial que recordaba a las reuniones fascistas de Italia y Alemania. Y tenían también una semejanza notable con los *aplecs* carlistas.

En el año 1933, Gil Robles visitó esos dos países. A Italia fue a principios de año, para conocer la organización del Estado corporativo. También asistió como observador al Congreso del Partido Nacional-Socialista Alemán en Nuremberg, en septiembre, de donde regresó impresionado por la grandiosidad del escenario y los actos. Otros líderes de la JAP viajaron a estos países en aquel mismo año: «No es preciso insistir en la importancia que estos viajes de estudio tienen para pulsar el espíritu de países amigos que atraviesan y se han enfrentado con pro-

blemas más o menos coincidentes con los que España tiene planteados, aprovechando su experiencia»⁴⁰

De estos viajes debieron sacar la idea de celebrar las grandes concentraciones de masas. Con ellas se incorporaría la CEDA a lo que eran las tácticas de propaganda más novedosas y que tenían gran aceptación tanto entre la juventud como entre población de más edad. De nuevo, se conseguía presentar el pensamiento tradicional con un barniz de modernidad. Las concentraciones de la JAP sobrepasaban el concepto tradicional de mítines, pues tuvieron todo un ritual, que se celebraba antes de comenzar los discursos. Incluían una misa de campaña, lectura de los 19 puntos del ideario, de los nombres de los muertos de la JAP y juramento de fidelidad a Gil Robles, tras lo cual venían los discursos. Las concentraciones fueron, durante 1934 y 1935, el método más característico que tuvo la CEDA para acercarse a las masas.

Las principales concentraciones japistas

El rechazo y el temor que generaban estos actos se comprende al analizar las circunstancias en las que se realizaban. La primera concentración se produjo en El Escorial, el 22 de abril de 1934, dos días después de que Alcalá Zamora firmara el decreto de amnistía de los implicados en la sanjurjada. En Covadonga (9-9-1934), en pleno conflicto entre el Poder central y la Generalitat por la Ley de Cultivos, Gil Robles aprovechó para marcar la nueva orientación de la CEDA cuando se reiniciara la actividad parlamentaria: exigiría su entrada en el Gobierno:

«Hasta aquí hemos llegado y de aquí no se puede pasar (...) De lo que se trata es España, de su unidad, y de ahí no cedemos nada.(...) Los que no se encuentren con fuerzas para realizar el programa que España necesita, de política enérgica (...) que se aparten, porque los arrollaremos.»⁴¹

La JAP celebró en Granada una gran concentración el 17 de marzo de 1935, la primera vez desde que había ministros de la CEDA en el gobierno. Para evitar la convocatoria de una huelga general, este acto se camufló como acto de AP. Sin embargo, los preparativos y el desarrollo de la misma confirman que se trató de una reunión de las juven-

⁴⁰ CEDA, (Madrid), n.º 8-9, 15-9-1933, p. 23.

⁴¹ *El Debate*, 11-9-1934, p. 2.

tudes. Su principal novedad fue la moderación de los oradores, que ahora defendían la labor del gobierno. Pero esta postura comedida duró poco. Los actos de Uclés (26 de mayo de 1935) y Medina del Campo volvieron al tono beligerante que caracterizó a la JAP. Igual ocurrió en la concentración de Santiago de Compostela (1-9-1935), en la que Gil Robles advirtió que, si las Cortes no accedían a la revisión constitucional, la CEDA haría todo lo posible porque fuesen disueltas:

«En estos momentos, frente a esta Constitución que no sirve, afirmo nuestro propósito de revisión. Y si las Cortes actuales no quisieran ir a la reunión constitucional, nosotros haríamos imposible la vida de las Cortes para que fueran disueltas.»⁴²

Las crisis de gobierno posteriores impidieron la celebración de nuevas concentraciones. Estos actos, por tanto, sólo tuvieron lugar en los años 1934 y 1935, cuando existieron gobiernos respaldados o integrados por la CEDA. La explicación de este hecho, a nuestro juicio, reside en que la JAP, para demostrar su virtualidad contrarrevolucionaria, debía contar con el apoyo del Poder. Su labor de barrera a la revolución necesitaba que la autoridad consintiera sus excesos verbales y atacara los de sus adversarios. Su puesto estaba junto al Gobierno, sirviendo de dique a la revolución. Por ello desarrolló toda la labor de Movilización Civil, que eran los grupos que debían colaborar con los altos cargos civiles y militares. Pero, cuando no disponían de dicho soporte, quedaban en nada.

El fracaso de la «táctica»: la evolución hasta el Decreto de Unificación de 1937

De las elecciones de febrero a la sublevación

La convocatoria electoral de febrero de 1936 suponía para la CEDA la posibilidad de alcanzar la mayoría absoluta en las Cortes. Una vez lograda, llevaría a cabo un programa poco tranquilizador para el mantenimiento de la democracia, si atendemos a las propuestas de la JAP: «Deposición del Presidente de la República. Plenos poderes al Gobierno. Disolución del Partido Socialista. Aniquilar la Revolución. Amordazar la Prensa canalla. OTRA CONSTITUCIÓN. Reconstrucción económica»⁴³.

⁴² CEDA, n.º 52, 1-10-1935, p. 10.

⁴³ JAP, n.º 48, 11-1-1936, p. 1. Con mayúsculas en el original.

La campaña electoral tuvo una beligerancia extrema. La JAP mantuvo el tono que había iniciado Gil Robles en noviembre, cuando inició oficiosamente la campaña electoral: «Para esa cruzada os llamo a vosotros, que tenéis que ir a la vanguardia (...) Para esa batalla electoral que ha de ser la batalla definitiva de España (...). Frente a frente, la revolución y la contrarrevolución (...) ¡A ver si de una vez España empieza a cicatrizar las heridas de esa guerra civil continua en que está dividida!»⁴⁴.

La organización de la campaña electoral quedó confiada a José María Pérez de Laborda. La colaboración de la JAP en ella fue decisiva. El número de candidatos pertenecientes a ella aumentó con respecto a las de 1933. Todas las secciones colaboraron para preparar las elecciones, en especial Movilización Civil y propaganda. La revista «JAP» quedó como principal publicación oficial del partido, al dejar de publicarse en diciembre de 1935 el boletín «CEDA». Las agresivas proclamas lanzadas desde esta publicación durante la campaña electoral sobrepasaban los límites de la legalidad. El propio Pérez de Laborda fue detenido en un mitin celebrado en Almagro, por sus duros ataques al Presidente de la República y al del Consejo de ministros.

Los dirigentes de la CEDA no hicieron nada por cortar las tendencias fascistas dentro de la JAP. Una muestra de la fascinación que sentían Gil Robles y la JAP por la propaganda de tipo fascista fue la colocación, en la Puerta del Sol de Madrid, de un enorme cartel que ocupaba toda la fachada de un edificio. En él, una gran efigie de Gil Robles sobre un fondo de gran cantidad de banderas de la JAP. El cartel tenía en uno de sus extremos los nombres de El Escorial, Covadonga, Medina y Mestalla: los tres primeros correspondían a concentraciones de la JAP. Una inscripción decía: «Estos son mis poderes. Dadme una mayoría absoluta y os daré una España grande»⁴⁵.

De hecho, el resultado electoral no fue malo para la CEDA. Consiguieron 88 diputados, por 99 de los socialistas y 87 Izquierda Republicana. Los resultados no constituían un fracaso, pero desde luego no suponían la victoria arrolladora que esperaban sus incondicionales. El sentimiento de derrota, al comprobar cómo las izquierdas conseguían la mayoría y Azaña volvía a formar Gobierno, a pesar de todas las promesas realizadas en sentido contrario, se apoderó de la JAP. El desencanto que conllevó la derrota electoral tuvo importantes consecuencias para

⁴⁴ *El Debate*, 10-11-1935, pp. 5-6.

⁴⁵ *El Debate*, 14-2-1936, p. 3.

la JAP, aunque todas confluyen en un punto: después de las elecciones de 1936, desapareció como fuerza política de importancia en la Segunda República. La revista «JAP» no volvió a publicarse. Esto nos muestra una de las limitaciones de la JAP: una vez que habían de dejar de actuar con el Gobierno como aliado, no fueron capaces de reanudar la lucha desde la oposición.

La JAP era un movimiento en el que sólo cabía la idea del triunfo inmediato. Los ejemplos de Italia, Alemania y Austria, en los que los propagandistas del Estado autoritario no dejaron de crecer, le hacía concebir la idea de un avance rectilíneo en su camino. La derrota electoral fue un golpe del que no fueron capaces de recuperarse. Su táctica no podía emplearse desde la oposición, pues la continua descalificación del enemigo, la fastuosidad de sus concentraciones, la proclamación de los puntos de su ideario, tan cercanos al fascismo, eran actividades que sólo desde el Poder tenían sentido. La JAP propugnaba una lucha legal, pero contaba con ser ella, o más propiamente la CEDA, quienes marcaran los límites de esa legalidad.

La JAP, al oponerse a toda violencia como forma de actuación política, carecía también de un elemento que, desde la oposición, podía haber dado sentido a sus máximas de destrucción del marxismo y, en concreto, del PSOE. No es extraño, por ello, que el sector más derechista de la CEDA estuviera desengañado de la vía legal y que sintiera la atracción de coordinar con urgencia, unida a la extrema derecha, las fuerzas contrarrevolucionarias para una eficaz defensa del orden social que representaban.

Según opinión de gran cantidad de autores, la frustración por la derrota electoral llevó a muchos japistas, ávidos de acción, a pasarse a las filas de Falange Española y de la Comunión Tradicionalista: «Los japistas más inquietos y descontentos se pasaron al nacional-sindicalismo. Los jóvenes derechistas, ávidos de acción, se sentían atraídos por el grupo más famoso y dinámico de todos los que no formaban el Frente Popular»⁴⁶. De los 225.000 afiliados con los que contaba la organización antes de las elecciones de febrero, se calcula que un 5%, entre 10.000 y 15.000, se afiliaron a Falange en esa primavera⁴⁷. Así, pues, cuando los jóvenes de la JAP quisieron actuar a través de organizaciones armadas, debieron abandonar sus filas y pasarse a Falange, ya que en la JAP no disponían de milicias. De lo

⁴⁶ PAYNE, Stanley G. *Falange. Historia del fascismo español*. Madrid, Sarpe, 1985, p. 114.

⁴⁷ Cf. JAP, n.º 52, 8-2-1936, p. 6 y ROBINSON, Richard: *Los orígenes de la España de Franco*. Barcelona, Grijalbo, 1964, p. 433.

que no hay duda es de que la JAP disminuyó su actividad hasta casi desaparecer.

Carecemos de datos concretos pormenorizados para determinar la participación de la CEDA en la conspiración y sublevación de julio de 1936. El caso más destacado es el de la Derecha Regional Valenciana, partido integrado en la CEDA que, desde la derrota electoral, decidió constituirse en milicia para transformar la entidad en un movimiento conspirativo y paramilitar, aunque manteniendo la fachada legal del partido.

En febrero de 1942, en una carta dirigida a los órganos judiciales encargados bajo el régimen de Franco de elaborar la Causa General contra la República, el líder cedista reconoció el fracaso de la táctica legalista y su apoyo a una solución militar. Gil Robles entregó a Mola medio millón de pesetas procedentes de los fondos electorales del partido y fomentó el entendimiento entre el mismo general y Fal Conde⁴⁸. Además, entre los meses de junio y julio entregó unas directrices a los líderes provinciales del partido, en los que mantenía su propósito de evitar la creación de milicias propias: «1.ª Todos los afiliados se pondrían inmediata y públicamente al lado de los elementos militares. (...) 3.ª Los elementos jóvenes se presentarían en el acto en los cuarteles para vestir el uniforme del Ejército y colocarse bajo el mando de los jefes militares, huyendo todo lo posible de formar milicias o batallones propios»⁴⁹.

Tenemos testimonios fragmentarios sobre la colaboración de los japistas con los sublevados en Burgos, Valladolid, Valencia, Málaga, Vitoria, Palma de Mallorca, Sevilla, Zaragoza, Salamanca, Madrid y Cádiz⁵⁰, pero no sabemos cuántos intervinieron ni qué papel desempeñaron. La primera organización de la CEDA que se sumó al golpe fue la Derecha Regional Valenciana. Su secretario general, José María Costa Serrano ofreció 1.250 hombres para los primeros momentos, 10.000 después de cinco horas y 50.000 en 5 días⁵¹. Pero es sabido que su presidente, Luis Lucia, se negó a esa colaboración con el golpe.

⁴⁸ Cosa ésta que los documentos de procedencia falcondista niegan claramente.

⁴⁹ Cf. GONZÁLEZ CALLEJA. 1989. Vol. II. p. 873.

⁵⁰ Cf. ROMERO, LUIS. *Tres días de julio*. Barcelona. Ariel, 1967, pp. 42 y ss.; GARCÍA VENERO, Maximiano, *El general Fanjul*. Madrid. Cid, 1967, p. 246; MARIÑAS, FRANCISCO, *General Varela*. Barcelona. A.H.R., 1956, p. 72.

⁵¹ CIERVA, Ricardo de la: *Los documentos de la primavera trágica. Análisis documental de los antecedentes inmediatos del 18 de julio de 1936*. Madrid, Sección de Estudios de la Guerra de España de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Información y Turismo, 1967, p. 743.

Actuación durante la Guerra Civil

A medida que avanzó la contienda, la JAP creó milicias propias, como medida para lograr una mayor presencia de sus líderes en las filas del bando sublevado. El encargado de esta misión fue Luciano de la Calzada, nombrado el 4 de septiembre de 1936 Jefe Nacional de las Milicias de CEDA y de la JAP. El cambio de táctica obedeció al intento de reconstrucción de Acción Popular efectuado por Gil Robles. Ese mismo mes entregó unas normas a De la Calzada en las que intentaba recomponer la organización con la creación de milicias. Esta tarea no resultó fácil, por la intensa campaña contra la CEDA que desataron la Falange y el Requeté, quienes les acusaban de haber colaborado con la República.

El norte de Castilla (Salamanca, Burgos y Valladolid) proporcionó el mayor grupo de milicianos pertenecientes a la JAP. En febrero de 1937 había 6.000 milicianos en vanguardia y 12.000 en retaguardia según sus propios datos⁵². A estos hombres habría que sumar los que, siguiendo las primeras indicaciones, se alistaron directamente en las filas del Ejército. Su número e importancia durante la guerra no estuvo en consonancia con la que detentó la JAP en los años de legalidad republicana. El 19 de marzo de 1937 se celebró la Asamblea Nacional de la JAP, en Burgos, donde se autoproclamaron fieles seguidores de las normas emanadas de la jefatura militar.

El decreto de Unificación de 19 de abril de 1937 supuso el fin definitivo de la JAP. La organización no fue nombrada en el texto elaborado por Ramón Serrano Suñer, antiguo líder japista. La protesta de Luciano de la Calzada por este hecho le valió un tiempo de destierro en Colindres (Cantabria). Gil Robles no opuso ninguna resistencia, e incluso dirigió una carta a Franco a través del jefe de la JAP, en la que ponía a su disposición todas las milicias y el partido. Se consumaba la desaparición del principal partido derechista durante la República, cuya existencia en tiempo de guerra había sido poco más que testimonial.

Conclusiones

La trayectoria de la JAP durante la Segunda República resulta de importancia para entender el proceso seguido por la derecha conservadora. Poco partidaria de la violencia en su actuación política, realizó

⁵² TORRES GARCÍA, Francisco: «Actuación de Gil Robles en la guerra civil» en *Historia 16* (Madrid), n.º 186, octubre de 1991, pp. 24-25.

constantes alusiones dialécticas a ella. De esta manera, facilitó el clima de tensión entre los partidos, creando unas condiciones que favorecieron la militarización de la vida política española. La JAP rechazó la formación de milicias en razón de que, siguiendo el tradicional pensamiento conservador, correspondía al Ejército ser el brazo armado de la sociedad. Su labor contrarrevolucionaria estaba ligada a los grupos de Movilización Civil, destinados a anular los efectos de una huelga general en la población. Por eso, la JAP tenía éxito en su labor si podía actuar aliada con el Poder.

El revés electoral de 1936 demostró a los jóvenes (y no tan jóvenes) derechistas que la vía de la actuación legal podía presentar más dificultades de las previstas. Desprovista del amparo del Gobierno, desmoralizada por la derrota electoral y rechazando la lucha física con los contrarios, la JAP se diluyó, en la práctica, después de febrero de 1936. La organización se mantuvo, pero llevó una existencia agónica hasta abril de 1937.